

CESEDEN

EL FLANCO MERIDIONAL DE LA OTAN EN EL EQUILIBRIO

ESTE - OESTE

- Por Maurizio CREMASCO

- De la revista Lo Specttatore Internacio
nale, núm. 1. Enero-Marzo 1979.

- Traducido del artículo "NATO's Sout--
hern Flank in the East-West Balance",
por el Comandante de Ingenieros DT y
DRTM D. Jesús MARTINEZ ARNAIZ.

Introducción

Un examen de Europa Meridional, desde el punto de vista de sus problemas de seguridad, revela ciertos elementos característicos - que tienden a hacer que estos sean particularmente complejos.

En primer lugar, existe una profunda diferencia, en el campo militar, entre la Europa Septentrional y Central, y la Europa Meridional. En la Europa Septentrional y Central, la OTAN y el Pacto de Varsovia se enfrentan en un marco de estabilidad sólida. Existe una línea divisoria bien definida que es, no sólo geográfica, sino también política y militar, que hace totalmente claro lo que serían las reacciones contra cualquier intento de cambiar la situación y, en consecuencia, los límites con cualquier tipo de acción cuyo objetivo fuera su desestabilización. Por otra parte, en esta zona, existe una cierta identidad de intereses y, en ciertos aspectos, de conducta entre los países pertenecientes a la misma Alianza, mientras que no existen motivos políticos o económicos que pudieran conducir a contrastes abiertos. Esto permite a la superpotencia dominante evitar las implicaciones en tentativas difíciles para organizar conflictos internos en su propia Alianza, acción que podría debilitar su posición con relación a las otras superpotencias. En la Europa Meridional, los límites entre las dos Alianzas son menos claros, no sólo a causa de la predominancia del factor marítimo sobre el factor terrestre, sino también debido a que muchos países de la zona, aunque formalmente no son miembros de ninguno de los dos bloques, han demostrado su apertura y complacencia a la penetración económica y militar Soviética, dentro de ciertos límites -y quiero resaltar el concepto de límites- para otorgar concesiones en términos de derechos de vuelo, utilización de infraestructuras y apoyo logístico. Por otra parte, existen diferenciación-

nes y contrastes entre miembros de la misma alianza. Y si, para el Pacto de Varsovia, es una cuestión de la posición diversa e independiente, aunque con las limitaciones obvias de Rumanía con respecto a la Unión Soviética, para la OTAN es una cuestión bastante más seria a causa de la disputa que ha debilitado las relaciones greco-turcas, poniendo a los dos países al borde de la guerra y provocando la retirada de Grecia de la organización militar de la Alianza Atlántica.

En segundo lugar, los Estados Unidos y la Unión Soviética desempeñan un papel particular en el Sur de Europa. En Europa continental, las dos superpotencias han asignado a sus fuerzas misiones análogas, aunque las fuerzas americanas no han fijado entre sus misiones tácticas, como lo han hecho las fuerzas soviéticas, el control, y si fuera necesario la intervención en la evolución política de sus aliados. Por otra parte, una confrontación entre las dos superpotencias podría sólo originarse por causas y cuestiones directamente relacionadas con los intereses fundamentales de sus aliados, lo que no podría por menos que implicarles. Por el contrario, en la Europa Meridional, los Estados Unidos y la Unión Soviética están también presentes para defender sus intereses específicos aparte de alianzas, y en consecuencia, podrían presentarse situaciones en las que se enfrenten uno y otro exclusivamente en defensa de aquellos intereses o los de sus estados aliados: situaciones en las que los miembros europeos de las dos Alianzas podrían sentirse indiferentes. Finalmente, mientras los Estados Unidos han asignado a sus fuerzas la misión principal de proyectar su potencia en tierra (en la práctica, proporcionar apoyo a los combates terrestres con los componentes aéreo y anfibio de la Sexta Flota), y mantener las líneas vitales de comunicación del Mediterráneo; la Unión Soviética ha asignado a sus fuerzas navales la misión principal, aunque no exclusiva, de negociación marítima, en otras palabras, la misión de obstaculizar el uso libre del mar, con especial énfasis en la destrucción de los elementos más importantes de la Sexta Flota, portaviones y submarinos nucleares.

En tercer lugar, es imposible considerar a Europa Meridional como un área coherente y homogénea cuyos parámetros de seguridad se refieren sustancialmente a un solo denominador común debido a su particular fragmentación en zonas, no sólo de confrontación entre las dos alianzas, sino también de tensión y crisis latente. Desde Oriente Medio, donde, a pesar de las negociaciones y acuerdos entre Egipto e Israel, persisten motivos de contraste y puntos de conflicto, hasta Yugoslavia, debido a la incertidumbre de la situación después de Tito; desde el Egeo,

donde los problemas de la explotación de la plataforma continental se añaden a la cuestión de Chipre, hasta la región del Mogreb, donde la tensión entre Argelia y Marruecos ha derivado ya en confrontaciones armadas y donde, como en Oriente Medio, la línea de contraposición divide a los países pro-Occidentales y pro-Soviéticos.

La marcada regionalización de las posibles crisis hace así imposible identificar, en términos de la seguridad, una sólo Europa Meridional y conduce a la tendencia de subdividirla en áreas autónomas y bien definidas, aunque no totalmente independientes unas de otras: el Mediterráneo Oriental, el Oriente Medio, los Balcanes, el Mogreb, etc. Por otra parte, la probabilidad mayor de que puedan ocurrir estas crisis, con relación a la contraposición más estable entre la OTAN y el Pacto de Varsovia, tiene como una de sus consecuencias el que los países Mediterráneos de la OTAN tiendan a revalorizar sus problemas de seguridad, desligándoles del contexto "Atlántico" para proporcionarles una connotación nacional más acentuada, y proyectándoles en un marco más amplio, como en el caso de Turquía y su intento de estrechar los lazos con los países del Tercer Mundo: por ejemplo, su adhesión a la Conferencia Islámica.

La falta de contigüidad de los frentes terrestres del Flanco Meridional contribuye también a este sentido de la peculiaridad de los problemas de defensa y a la impresión tanto de un cierto aislamiento, debido a la imposibilidad de un efectivo apoyo mutuo militar como, en general, de una solidaridad más efímera por parte de los otros países de la Alianza.

No obstante, la compartimentación de las tensiones no significa que, aunque hicieran explosión en conflictos abiertos, no podría verse envuelta un área superior o que, directa o indirectamente, las relaciones Este-Oeste no podrían verse implicadas.

Y es precisamente esta doble particularidad la que tiende a hacer más complejo el tratamiento de las crisis y a complicar la planificación operativa de la Sexta Flota.

Por otra parte, esta compartimentación no excluye la existencia de por lo menos tres parámetros del problema de seguridad común a los países de Europa Meridional. Primero, el Mar Mediterráneo que baña sus costas, visto como un paso vital. Segundo, el factor condicio--

nante de la presencia en dicho mar de la Sexta Flota y de la Escuadra - Naval Soviética. Tercero, las situaciones internas de estos países que revelan, en la mayoría de los casos, signos de inestabilidad más o menos marcados, conduciendo a expectativas de cambios que podrían significativamente alterar la presente situación si ocurrieran.

Balance Militar

Desde el punto de vista militar, el Flanco Meridional ofrece una imagen que, sobre la base de los datos más recientes del Instituto Internacional de Estudios Estratégicos de Londres, podría resumirse de la siguiente manera: contando con unidades húngaras, rumanas y búlgaras y las unidades soviéticas estacionadas en Hungría y en los distritos militares de Odesa, Cáucaso Norte y Transcáucaso, las fuerzas terrestres del Pacto de Varsovia cuentan con 33 divisiones, de las que 11 son soviéticas, y un potencial humano total, incluyendo las unidades de nivel más bajo, de 388.000 hombres, de los cuales 147.000 son soviéticos. La OTAN, es decir Italia, Grecia y Turquía, tiene 37 divisiones y un total de 550.000 hombres. A esta cifra debería añadirse la de las fuerzas norteamericanas estacionadas en estos tres países (5.000 hombres en el Ejército y varios cientos más en las Fuerzas Aéreas y en la Armada). El número de carros de combate (excluyendo las reservas) es de 6.800 para el Pacto de Varsovia (de los que 2.500 son soviéticos) contra - 4.300 para la OTAN. En cuanto a fuerzas aéreas, el número de aviones tácticos (bombarderos ligeros, caza-bombarderos, interceptadores y aviones de reconocimiento) es de 938 para la OTAN y de 1.645 para el Pacto de Varsovia (de los que 740 son soviéticos).

A pesar de todo, las simples cifras proporcionan sólo una visión parcial, lo que es insuficiente para una más correcta evaluación de la situación. Esta situación aparece más compleja cuando se consideran los siguientes factores, algunos de los cuales influyen en favor del Pacto de Varsovia, mientras que otros lo hacen en favor de la OTAN:

- La mayoría de las divisiones griegas y turcas son divisiones de Infantería, mientras que la mayoría de las divisiones del Pacto de Varsovia son mecanizadas y acorazadas.
- Las divisiones soviéticas estacionadas en los tres distritos militares mencionados anteriormente pueden ser superior en número y efectividad de combate a las estimaciones del Instituto In--

nacional de Estudios Estratégicos (1). Otras fuentes, por ejemplo, un reciente informe de la Unión Europea Occidental, proporcionan cifras superiores.

- Los frentes griego y turco en la Tracia no tienen la suficiente profundidad como para permitir maniobras. Por otra parte, las fuerzas turcas desplegadas al oeste del Bósforo, precisamente en el área donde las condiciones terrestres permiten el empleo efectivo de divisiones acorazadas, no parecen capaces de detener o rechazar una embestida acorazada coherente, a menos que sean adecuadamente reforzadas.
- Es muy difícil imaginar que las tropas italianas pudieran utilizarse en Grecia y Turquía y viceversa, o que las tropas griegas y turcas pudieran utilizarse en apoyo mutuo. El Pacto de Varsovia, por el contrario, disfruta de la ventaja geográfica de un territorio ininterrumpido y puede, maniobrando a través de las líneas internas, desplazar sus fuerzas y refuerzos con facilidad.
- Las fuerzas turcas están sintiendo los efectos del embargo de armas por parte de Estados Unidos, sólo levantado recientemente, y poseen un limitado nivel de eficacia.

Por otra parte:

- Las tropas soviéticas no están estacionadas en Rumania ni en Bulgaria, al tiempo que la mayoría de las divisiones soviéticas en el Sur de Rusia necesitan ser reforzadas con hombres y equipo antes de que puedan ser utilizadas.
- Los ejércitos húngaro, búlgaro y rumano son de tamaño reducido; las tropas rumanas y búlgaras se consideran como de un nivel modesto de disponibilidad para el combate y equipadas con armamento y equipo parcialmente obsoleto. En las

(1) El Instituto Internacional de Estudios Estratégicos considera que la mayoría de estas divisiones son de categoría III, esto es, divisiones de aproximadamente un cuarto de efectivos y posiblemente completas con vehículos de combate (algunos anticuados).

fuerzas aéreas búlgaras y rumanas, el porcentaje de aviones tácticos, técnica y operacionalmente anticuados, es más bien alto, mientras que la fuerza aérea húngara tiene escasa capacidad de ataque terrestre.

Además, deben considerarse otros elementos que con frecuencia se excluyen de un análisis de balance referidos sólo al aspecto militar. En realidad, si por una parte no existe ninguna cláusula en el tratado base del Pacto de Varsovia que obligue explícitamente a los países del Este a combatir en territorios exteriores al propio Pacto, por otra, no es seguro que la Unión Soviética pueda contar, si intenta hacer la guerra contra la OTAN, con el total e incondicional apoyo militar de sus aliados. Si esto parece ser cierto para Hungría a causa del nacionalismo de sus fuerzas armadas, a la memoria aún reciente de pasados acontecimientos y al latente antagonismo hacia la Unión Soviética, es aún más cierto en el caso de Rumania, que no participó en la invasión de Checoslovaquia de 1968, que no ha permitido que las maniobras militares del Pacto se realizaran en su suelo, y que siempre ha adoptado una posición de no alineamiento en política extranjera, siguiendo una línea sustancialmente autónoma.

Finalmente, debe considerarse la ecuación naval. En el transcurso de veinte años, la marina Soviética se ha transformado desde una fuerza capaz simplemente de controlar y defender las zonas marítimas alrededor de su territorio en una fuerza no sólo capaz de "exhibir la bandera" en todos los mares del mundo, sino de hacer sentir concretamente su presencia y, en consecuencia, de ejercer una presión política y militar en todas las zonas consideradas de especial interés nacional, en todas las áreas de crisis y en cualquier punto en que se haya desarrollado o esté en fase de desarrollo un vacío de poder marítimo; una fuerza capaz, en caso de conflicto, de oponerse con efectividad a las fuerzas navales aliadas y de amenazar las líneas marítimas de comunicación vitales para la supervivencia de Estados Unidos y Europa, al tiempo que mantiene intacta la capacidad de defender sus propias costas; una fuerza capaz de intervenir, aunque por ahora sólo en áreas cercanas a su propio territorio, con unidades anfibas que están progresivamente creciendo en cantidad y evolucionando en calidad; una fuerza, finalmente, capaz, mediante el uso de una flota mercante que ha experimentado un considerable desarrollo, de establecer y mantener un esfuerzo de abastecimiento marítimo, totalmente adecuado a las necesidades, para con aquellos países implicados en conflictos regionales y que han solicitado asistencia a la Unión Soviética.

En contraposición, la Armada Soviética sigue manifestando áreas de debilidad: Sus capacidades antisubmarinas siguen siendo inadecuadas; sus submarinos son aún relativamente ruidosos; tiene escasas posibilidades de mantener operaciones marítimas prolongadas; muchos de sus sistemas de misiles carecen de posibilidades de recarga; posee una capacidad limitada de mando, control y comunicaciones; posibilidades limitadas de contramedidas electrónicas y de apoyo logístico para sus fuerzas en el mar, al tiempo que sus unidades auxiliares son particularmente vulnerables; y posee una reducida capacidad para proyectar su potencia en tierra, porque sólo recientemente ha construido sus primeros portaaviones y debido a que sus fuerzas anfibas están aún mal adaptadas para operaciones de larga duración en áreas alejadas de su territorio nacional.

Era lógico que la transformación y el fortalecimiento de la Marina Soviética se reflejara también en el Mediterráneo. Silenciosamente, el incremento de la presencia naval Soviética en este Mar ha sido significativo en los últimos años.

De 1.500 buques en 1964 con una media diaria de cuatro unidades, la cifra ha crecido hasta 18.000 buques en 1976 con una media diaria de 50 unidades, alcanzando un pico en 1973, el año de la guerra Árabe-Israelí, con 20.600 buques y una media diaria de 57 unidades.

La Flota Soviética en el Mediterráneo, cuya fuerza típica varía entre 14 y 22 unidades principales, entre 10 y 13 submarinos y de 23 a 26 buques auxiliares, constituye, en términos militares, una amenaza que no debe ser subestimada y que se ha puesto más de manifiesto por la reciente asignación de los nuevos bombarderos TU-26 "Backfire" a la aviación naval.

Aparte de su significación política, debido a la capacidad que ofrece la Unión Soviética para hacer sentir su presencia en todo el Mediterráneo, esta fuerza ha afectado radicalmente a la situación naval que existió hasta mediados de la década de los años 60, una situación totalmente dominada por la Sexta Flota.

En la actualidad, la Sexta Flota es incapaz de llevar a cabo un principal misión de proyección de su potencia aérea y anfibia en tierra en apoyo de la batalla terrestre, después de haber vencido en la batalla marítima, en otras palabras, después de haber luchado por su pro-

piá supervivencia, neutralizando a la flota Soviética hasta un nivel aceptable de amenaza.

No es cuestión, como podría parecer, de un simple retraso en el tiempo de esta misión, cuya existencia y necesidad siguen siendo reconocidas, o de su descenso a un nivel más bajo de prioridad.

En realidad, esta misión de apoyo no sólo no es posible en el futuro en la fase inicial de un conflicto, cuando parece más necesaria a causa de la delicada situación geoestratégica en el área de los Estrechos, sino que podría no serlo posteriormente si la batalla en el mar concluyera con una excesiva degradación de las capacidades de combate de los portaaviones y fuerzas anfibas de la Sexta Flota.

Pero la presencia naval Soviética también afecta a la posibilidad de intervención Americana en la hipótesis de escenarios de crisis que difieran de una confrontación entre la OTAN y el Pacto de Varsovia. Actualmente una operación similar a la realizada en 1958 durante la crisis libanesa podría ser imposible si la Unión Soviética decidiera oponerse de alguna forma. El movimiento de las fuerzas navales Soviéticas en posiciones de ataque alrededor de los portaaviones americanos al sur de Creta y el desplamiento al norte del Delta del Nilo, entre la Sexta Flota y la costa Egipcia durante la Guerra del Yom Kippur son un ejemplo significativo.

Es precisamente en el caso de tales crisis o conflictos limitados, a pesar de la dificultad de su configuración, cuando la Sexta Flota parece poseer un bajo grado de flexibilidad. Su propia constitución, el "valor" de sus portaaviones, el elevado nivel de confrontación y amenaza representado por su presencia, podría no sólo limitar el alcance de las posibles acciones conducentes a una excesiva autolimitación, sino también forzar, si fueran atacadas, a una reacción tal vez excesiva que podría, en cualquier caso, "globalizar" la situación crítica.

La vulnerabilidad de las fuerzas navales americanas, especialmente a un ataque preventivo, y su incapacidad para llevar a cabo su misión principal, ha llevado a muchos expertos navales a sugerir, en caso de crisis, la retirada de los portaaviones no sólo del Mediterráneo Oriental, sino de todo el Mediterráneo, y su eventual regreso sólo después de que la mayoría de las fuerzas marítimas Soviéticas hubiesen sido destruidas.

Esta sugerencia podría ser puesta en tela de juicio actualmente, tanto sobre la base de una supuesta incapacidad de las fuerzas navales americanas y aliadas para neutralizar la flota Soviética sin la contribución de portaaviones, como sobre la base de una supuesta capacidad de la Sexta Flota para ganar la batalla naval sin excesivas pérdidas y, en consecuencia, para llevar a cabo la misión de apoyo a tierra posterior.

No obstante, la introducción de nuevas tecnologías -misiles crucero con base en tierra o misiles instalados en buques que tienen un desplazamiento limitado, sofisticados sistemas de defensa contra aviones y contra misiles, y misiles aire-superficie particularmente precisos- está destinada a revolucionar la concepción actual de la guerra naval en el futuro, sobre todo en un mar cerrado como el Mediterráneo. Esta revolución no puede sino influir en la forma y los modos de la presencia militar americana en el área del Mediterráneo y, en consecuencia, en la entidad y composición de la Sexta Flota.

La situación política

Como hemos tratado la descripción militar, para la descripción política tocaremos sólo unos ciertos puntos que puedan ser analizados más detalladamente durante la discusión.

El primer elemento de especial interés está representado por la situación interna en muchos países del área Mediterránea. En Albania, Yugoslavia, Túnez y Argelia, se esperan cambios muy pronto en la cúspide debido a la avanzada edad o el precario estado de salud de los hombres actualmente en el poder; cambios importantes a causa del papel central que estos hombres desempeñan dentro de los sistemas políticos de sus países como factores de equilibrio y estabilidad, debido al período crítico que podría abrirse en el momento de la sucesión, y como consecuencia de las diferentes orientaciones internacionalistas y posturas que los nuevos líderes podrían adoptar.

Este último aspecto tendrá influencia en el balance militar de Europa Meridional que será directamente proporcional a la mayor o menor apertura que se muestre con respecto a la Unión Soviética y a sus solicitudes de infraestructura de apoyo logístico.

Uno de los principales objetivos que la Unión Soviética persigue en el Mediterráneo es precisamente el de una presencia militar - que vaya más allá de la venta de armas y la asignación de técnicos y consejeros para instrucción y mantenimiento, para dar forma a la posible-mente utilización exclusiva de bases aéreas y navales: las bases navales para permitir un apoyo logístico que los fondeaderos en aguas internacio-nales no pueden garantizar con seguridad, para permitir las actividades de mantenimiento que sólo pueden llevarse a cabo en instalaciones por-tuarias, y para ofrecer a las tripulaciones de estos buques áreas de des-canso; las bases aéreas como bases intermedias si fueran necesarios puentes aéreos hacia países africanos y bases de nuevo emplazamiento para vigilancia marítima y planes de reconocimiento, que pudieran controlar los movimientos de las flotas Occidentales en el Mediterráneo o llevar a cabo misiones fotográficas.

Ambos tipos de bases, útiles en tiempo de paz y en caso de crisis para proporcionar a la presencia militar una mayor flexibilidad de empleo, se hacen indispensables para la posibilidad de la flota Soviética de operar con efectividad en el Mediterráneo en caso de conflicto.

En realidad, la pérdida de bases aéreas y navales en Egipto parece haber afectado a la capacidad operativa de las fuerzas Soviéticas en el Mediterráneo, con una reducción en el tamaño de la Escuadra Naval y en los periodos de patrulla de los submarinos procedentes de la Flota del Báltico. Hasta qué punto ha ocurrido ésto y la actual presencia real de la penetración Soviética en los países de Oriente Medio y del Norte de Africa en un intento de sustituirles, podría ser un interesante argumento para discusión.

La Unión Soviética ha vendido armas -algunas muy sofisticadas como los carros de combate T-62 y los aviones MIG-23 "Flogger" y TU-22 "Blinder"- a Siria, Libia y Argelia..

Con respecto a Siria, los técnicos soviéticos están presentes en el país y los buques Soviéticos utilizan el puerto de Tartus.

La Unión Soviética proporciona asistencia a Libia, en particular para la reconstrucción y ampliación de instalaciones de servicio y reparación de submarinos en los puertos de Bengasi y Tobruk, y cursos de instrucción para personal submarinista. Además, en repetidas ocasiones fuentes de prensa han ofrecido noticias sobre el uso o incluso conce-

sión del aeropuerto de Okba Ben Nafie (anteriormente base de Wheelus de Estados Unidos) y de sobrevuelo del Mediterráneo y países Occidentales y Meridionales por MIG-25 Soviéticos que habían despegado de Libia.

En cuanto a Argelia, los informes de prensa indicaron que durante el conflicto de Angola, los aviones de transporte Soviéticos podían haber utilizado el aeropuerto de Colomb-Béchar como base intermedia.

En realidad, a pesar de los vínculos establecidos a través de la venta de armas y equipo y de la presencia de personal soviético en su territorio, los países del litoral Norte africano no parecen muy dispuestos a otorgar concesiones particulares a la Unión Soviética, y menos aún exclusivas.

La misma consideración e incluso más poderosa es el caso de Yugoslavia, que ha rehusado hasta el momento las presiones soviéticas solicitando un más amplio uso de sus infraestructuras navales en los puertos del Adriático y los derechos de sobrevuelo -permanentes y sin limitaciones- por la aviación militar y civil Soviéticas.

El segundo elemento de interés está representado por la posición de los Estados Unidos en el área del Mediterráneo. La política americana, al igual que la soviética, ha conocido momentos de éxito y también de fracaso. Los Estados Unidos han perdido sus bases en Libia y no parecen tener ninguna influencia política en dicho país como tampoco en Argelia, donde, a pesar de todo, ha creado sólidos enlaces económicos a través de una intensificación significativa del comercio en los últimos años. Ha vendido armas a Túnez y Marruecos, donde tenía un centro de comunicaciones que fue clausurado a finales de 1977. Después de la salida soviética de Egipto, los Estados Unidos reestablecieron sus lazos con dicho país, y está desempeñando un papel muy activo como mediador para resolver la crisis de Oriente Medio.

Paradójicamente, el peligro de debilitación de la posición de los Estados Unidos en el Mediterráneo podría llegar desde dentro de la propia Alianza si se presentaran futuros cambios políticos en Portugal y en Italia en un marco de mutua incomprensión y alarma excesiva o reacciones precipitadas por parte de la Administración Americana, y si ocurriese una rotura en las relaciones entre Grecia y Turquía que obligase a los Estados Unidos a una difícil tarea de mediación.

Las infraestructuras que las fuerzas americanas utilizan para operar en el Mediterráneo son de importancia fundamental -sobre todo las situadas en territorio italiano- y su pérdida eventual o incluso una simple limitación de uso en el caso de contingencias y operaciones en la OTAN que sirvan intereses de defensa mutua, como aparece totalmente explícito en el texto de los acuerdos negociados con Grecia, Turquía y España, plantea serios problemas a los Estados Unidos. Para América, la alternativa es: o bien aceptar una reducción de su capacidad de intervención para salvaguardar los intereses considerados "no-OTAN" por los aliados Europeos, o desarrollar una capacidad, pagando un precio - muy elevado, que pueda permitir a sus fuerzas operar autónomamente en toda la cuenca Mediterránea. En cualquier caso, el coste en términos de asistencia militar y/o economía como compensación por el derecho a utilizar las facilidades e instalaciones en los países aliados, tiende a crecer hacia niveles que podrían obligar a los Estados Unidos a volver a valorar su presencia militar en el Mediterráneo.

Por otra parte, los vínculos entre los Estados Unidos y los países aliados se han hecho más estrictamente bilaterales y menos "Atlánticos", por consiguiente más costosos, pero también más vulnerables.

Finalmente, la reducción de la influencia política de los Estados Unidos frente a sus aliados podría tener repercusión no sólo en el caso de crisis que se consideren, justa o injustamente, externas a la OTAN, sino también en crisis que directamente afecten a los intereses de la alianza. Este podría ser el caso en una reconciliación significativa entre Yugoslavia y la Unión Soviética que podría ser forjada por los herederos de Tito en el ámbito de un cambio en la política extranjera, estimulado por la situación interna o forzado, más o menos abiertamente, por presiones externas.

El tercer elemento de interés está representado por la persistencia de los tensos problemas de las relaciones entre Grecia y Turquía, por una redistribución dentro de los dos países del factor nacional con respecto al factor Atlántico y por su tendencia a conceder a la política extranjera una línea más abierta hacia los países del Este de Europa y a la Unión Soviética.

A esto puede añadirse la dificultad para los Estados Unidos y para los propios países europeos, individualmente y como miembros de

la OTAN, a ser mediadores efectivos en el caso de una nueva crisis greco-turca y la mayor flexibilidad de la Unión Soviética a intervenir en beneficio de sus objetivos particulares en el Mediterráneo.

El cuarto elemento de interés está representado por la conexión político-estratégica entre el Mediterráneo y el Oriente Medio, y el Mediterráneo y el Golfo Pérsico. Una conexión que el problema de la energía y su mayor impacto sobre los países europeos que con respecto a los Estados Unidos le hace ambiguamente complejo.

Los países europeos tienden a ver las crisis en aquellas regiones sobre todo desde una perspectiva económica y política, y a conformar sus actitudes y elecciones a esta perspectiva.

Por el contrario, los Estados Unidos insertan estas crisis en el contexto más amplio de sus intereses globales y en el juego más articulado de potencia, influencia, contraposición y equilibrio que juega con la Unión Soviética en el tablero mundial. Un juego en el que los factores estratégicos desempeñan un papel muy importante.

Es esta diferencia de perspectivas la que diferencia las relaciones euro-americanas al enfrentarse con los problemas de aquellas regiones.

Esto se complica posteriormente por la escasa funcionalidad de CENTO y por la terminación de la tradicional presencia militar anglo-francesa en el área.

Dados estos factores y por la imposibilidad de una acción colectiva por parte de la OTAN, debido en parte a la retirada de Francia, surge la cuestión de si es posible considerar instrumentos alternativos de "tratamiento de la crisis" (instrumentos militares, pero también políticos y económicos) que puedan comprometer a los países de Europa Occidental en un mayor grado.

Conclusiones

La situación militar y política, rápidamente esbozada aquí, nos lleva a una serie de observaciones con las que podríamos dar por terminado este breve trabajo.

Parece necesario volver a replantear la ecuación militar en el área Mediterránea en términos de objetivos reales y del nivel, tipo y dislocación de las fuerzas que son necesarias y más apropiadas para cumplirlos; en términos de armamento de nueva tecnología y una menor utilización tradicional; en términos de una mayor integración de las fuerzas aliadas a nivel técnico y operativo e, igualmente, la coordinación de los planes operativos y programas de desarrollo y adquisición de nuevos sistemas de armas y su más amplia interoperabilidad y normalización, en términos de aceptación de las responsabilidades precisas por parte de los países europeos más interesados en la estabilidad del Mediterráneo, y no nos referimos simplemente a los países bañados por este Mar, sino también a los países de Europa Central que dependen económicamente de la libertad de tránsito por él.

Parece necesario para los países europeos y especialmente los mediterráneos hacer una evaluación más cuidadosa de las relaciones entre el área mediterránea y el Golfo Pérsico, Mar Rojo y Océano Indico, y entre el área mediterránea y el área africana.

Parece necesario establecer unas consultas más estrechas entre los Estados Unidos y los países europeos sobre los problemas de la seguridad en el Mediterráneo, trabajar para alcanzar una conducta mutuamente compatible o al menos una conducta que no sea totalmente opuesta, tanto para casos de crisis dentro de la Alianza como, y sobre todo, para aquellas crisis externas que los países europeos tienden a valorar más en términos económicos que en términos de seguridad. Para casos de crisis particularmente graves sería mejor coordinar los elementos esenciales de las posibles acciones diplomáticas y, si fuera necesario, de acción militar y, en esta esfera, las respectivas responsabilidades deberían comenzar a establecerse ya.

Sería posible, por ejemplo, formular el desarrollo del actual sistema de cooperación política entre los países de la Comunidad Económica Europea, en coordinación con la política americana. El mantenimiento necesario de las respectivas autonomías en las tomas de decisión y en las opiniones podrían protegerse fácilmente, a la par que no se perderían las ventajas de la coordinación y de la mutua información.

Finalmente, parece necesario, en una perspectiva a largo plazo, establecer los cimientos para un nuevo equilibrio que acentúe un diálogo más estrecho euro-árabe y euro-africano y un papel más activo

por parte de la CEE que vaya más allá de las iniciativas económicas y po
líticas, un nuevo equilibrio que se base en medidas efectivas de control
de armas capaces de reducir la actual contraposición militar en Europa
Meridional.
